

El Llamado de la Tierra: Memoria Ancestral para la Paz

Para comprender nuestro territorio, debemos remontarnos a la leyenda más mítica que ha existido en estas tierras: la leyenda de El Dorado. Una historia que ha cautivado a arqueólogos, geólogos e investigadores por generaciones.

Es un pasado tejido con cantos, lluvias y estrellas. Un tiempo en que los ríos eran serpientes cósmicas, el Sol y la Luna eran amantes eternos, y las montañas, el corazón palpitante del planeta. Antes de que los ríos se tiñeran de sangre, los pueblos de las cordilleras hablaban el lenguaje del jaguar, del fuego y de la montaña.

Hace más de 15 mil años, los primeros habitantes eran nómadas, en constante movimiento. En la Sabana de Bogotá, en Tocancipá y Soacha, dejaron su huella en las cuevas. Pero el mapa de su sabiduría es vasto. Uno de los sitios más sagrados de América es el Parque Nacional Chiribiquete, en el corazón del Amazonas, que alberga más de 75 mil pictogramas. Una obra viva que narra la épica historia de los *hombres jaguar* y sus secretos, plantas medicinales y las conexiones de nuestro mundo y lo sagrado.

El paisaje es un lenguaje. Los primeros pueblos leyeron las montañas, los ríos y las estrellas, y desarrollaron un sistema de pensamiento filosófico de decenas de miles de años. Durante más de 18 mil años vivieron en armonía con el bosque, sin destruirlo. Su visión del mundo era opuesta al alma consumista e individualista de Occidente. Para ellos, la naturaleza no era un recurso: era madre, vida, origen. La selva era un eje entre el cielo y la tierra, el agua era espíritu y la tierra era memoria. Entendían que no se trata de usar la naturaleza, sino de recordar que somos parte de ella.

Desde hace más de 3 millones de años, cuando la Cordillera Oriental comenzó a elevarse, este territorio atravesó un tiempo glaciario. Las lagunas del Páramo de Chingaza, que hoy nos dan de beber, provienen de esos glaciares. Hace 30 mil años, el agua sedimentó hasta formar una laguna gigantesca en la Sabana. Todo cambió cuando el Boquerón del Tequendama se quebró, y las aguas fluyeron hacia el Magdalena. Fue allí, en ese dramático esculpido de los cerros, donde la leyenda de El Dorado comenzó a forjarse.

El derretimiento propició el nacimiento de un gran bosque, hogar de venados, curies, e incluso mastodontes. Los primeros aborígenes, antiguos cazadores y recolectores, fueron testigos de este final de la megafauna. No construyeron templos; su templo era el bosque, su altar los animales. Eran lectores del territorio:

lo entendían, lo reverenciaban. El mundo no se dividía entre naturaleza y cultura: todo era uno, todo era vida sagrada.

El Encuentro de las Energías Sagradas: Chía, Xué y el Nacimiento del Tiempo

Los Muiscas, herederos de esta memoria, comprendieron que el universo nació del pensamiento luminoso de Chiminiguagua, el ser supremo y creador del cosmos. De su respiro brotó la luz primordial que dio origen a Xué, el Sol, y a Chía, la Luna: dos fuerzas hermanas, dos almas destinadas a amarse desde la distancia.

Al principio, ambos permanecían juntos, danzando en el mismo cielo, iluminando día y noche con un mismo resplandor. Pero Chiminiguagua, al ver que el mundo carecía de ritmo, los separó. No fue castigo, sino el nacimiento del tiempo. Desde entonces, Xué resplandece de día, y Chía camina entre las aguas de noche, llevando consigo el reflejo de su amado.

Sin embargo, la separación dejó una herida en el cielo. Cada noche, Chía llora por Xué, y sus lágrimas caen sobre la tierra, convirtiéndose en ríos, quebradas y lagunas. De su llanto nacieron los caudales del río Funza, el antiguo nombre del río Bogotá, cuyas aguas aún murmuran la nostalgia de la diosa.

Y así como en las montañas de Bacatá las lágrimas de Chía dieron forma al Funza, en otras culturas hermanas del continente, los pueblos del Amazonas cuentan que una diosa también lloró por su amado, y de su tristeza nació el gran río Amazonas, serpiente de vida que atraviesa la selva. Cada río del continente es entonces un recuerdo, un eco de aquel amor cósmico que une el agua, la luna y la tierra.

El universo, para los pueblos ancestrales, no era una máquina: era un ser vivo que respira, siente y recuerda. En cada chispa de luz y en cada gota de agua late la memoria del encuentro eterno entre Chía y Xué.

La Llegada de los Muiscas: Sembradores de Cielo y Tierra

Miles de años después, llegaron los Muiscas, una de las culturas más complejas y desarrolladas. Hablaban Muysccubun, una lengua profunda que nombraba la tierra con sentido: su eco pervive en Chía, Suba, Guatavita. Entendían el tiempo no como una línea recta, sino como un círculo infinito. Su calendario marcaba el ritmo de la vida, girando en torno a una cosmovisión dual: el equilibrio entre Chaima y Xuata.

El universo era el resultado de la unión entre dos energías sagradas:

- Chaima (principio femenino): Lunar, agua, tierra, noche.
- Xuata (principio masculino): Solar, fuego, siembra, día.

De esa unión cósmica nacía la vida, los ríos, las leyes, y el orden social. Bacatá, el nombre ancestral de Bogotá, significaba "campo de labranza cercado" o "tierra fértil". Aquí, los Muiscas sembraron una forma única de vivir, construyendo camellones que distribuían el agua para una agricultura sostenible. En su mirada, cada ser tenía espíritu: el cóndor era el mensajero; el jaguar, la sombra del guerrero; la serpiente, la energía que serpentea entre mundos. Los ríos eran sabios, las lagunas, portales.

La Ciudad Olvidó su Origen, Pero la Tierra Recuerda

Con la llegada de la colonización, esta visión del mundo fue quebrada. Se impuso una lógica de explotación sobre la de respeto. El alma de Bacatá se silenció, pero no murió. Sigue viva, latiendo debajo del concreto.

Hoy, Bogotá enfrenta el desafío inmenso de reconectarse con su origen.

Bacatá era el corazón del trabajo y la siembra. Pero en los cantos antiguos también sobrevive Muiquitá, que significa “descanso del labrador” o “descanso del guerrero”. Muiquitá representaba la conexión con la naturaleza, donde la energía de Chaima (la Luna, el agua) permitía al espíritu restaurarse. Bacatá y Muiquitá son dos rostros de un mismo territorio: trabajo y descanso, día y noche. Hoy, en medio del ruido urbano y el olvido, recuperar estos nombres es una forma de sanar el vínculo con una tierra leída antes como madre, y no como mercancía.

Más al sur, en las faldas del páramo de Sumapaz, vivió otro pueblo ancestral: los Sutagaos, cuyos nombres significan “hijos del Sol”. Habitaron Fusagasugá, Pasca, y Silvania. Eran un pueblo profundamente solar cuya espiritualidad giraba en torno al fuego y la montaña. Ellos comprendieron el Sumapaz, el páramo más grande del mundo, como el eje sagrado, donde el cielo tocaba la tierra.

Hoy, el territorio de Fusagasugá guarda ese legado solar. Esta ciudad, enclavada entre el páramo y la llanura, tiene la oportunidad de convertirse en un nuevo Muiquitá: un espacio de descanso, contemplación, y reconexión con la naturaleza.

El Llamado a Volver a Ser Raíz

Esta propuesta que nace desde Fusagasugá es un acto de devolución, una ofrenda a los abuelos y abuelas. Desde Bacatá hasta Muiquitá, esta tierra es un mapa espiritual que nos invita a vivir de otra manera: a mirar el cielo como calendario, el agua como sabiduría.

Rescatar estas memorias no es mirar al pasado con nostalgia, sino sembrar el futuro con raíces profundas. Porque si queremos una ciudad viva, armónica y digna, debemos aprender a habitarla con respeto, equilibrio y amor por la tierra.

La ciudad capital sufre el peso del olvido. Olvidamos que la palabra "muisca" significaba "gente", "nosotros", "comunidad". Olvidamos que fuimos una hermandad. El conflicto que alguna vez vivieron los muisca con los sutagaos se repite hoy entre nosotros: nos hemos dividido, cuando en realidad, somos parte del mismo tejido.

Por eso, hago este llamado a despertar. A cuidar nuestra identidad cultural, a proteger nuestro patrimonio, a escuchar de nuevo la voz de la tierra. Solo así podremos volver a ser pueblo. Volver a ser gente. Volver a ser raíz.